

Adriana Azucena Rodríguez

Óscar Benassini

Caduceo. Ocho relatos desoladores por insanos

Palabras y Plumas Editores. México 2015

¿Qué hacemos cuando llega a nuestras manos un libro nuevo, de un autor que no conocemos? Ver la portada, hojearlo. Fue lo que hice y llamé mi atención el símbolo del infinito que se ofrece en la portada y salta de vez en cuando entre las páginas. Y entonces... leí el prólogo, así es que quiero comenzar con la descripción que hace el autor del dígito ocho:

Se trata de dos líneas ininterrumpidas una de la otra, pero cada una de las dos, opuestas en principio mientras descienden, se cruzan para fundirse en una y vuelven de nuevo a hacer distancia. Semejante desplazamiento es tan continuo como inevitable: bajan, se cruzan y se convierten así en el símbolo por excelencia del infinito, de la banda sin fin que no es sino un ocho en posición horizontal. ¿Qué tienen de infinitas las historias que aquí aparecen? ¿Habrán de durar para siempre? O quizá es que no concluyen. Eso, tal vez: que en la narración no existe un final para ninguna de ellas más allá de la desolación, como si temas y sucesos fueran en esencia redundantes. Por eso son ocho, porque no tienen finales.

Es esta idea la que sirve de base a mi comentario.

La vida y el cuento son opuestos entre sí. Nada en la vida parece concluir ni siquiera con la muerte. Nada parece sorprendernos ni siquiera las grandes desgracias o las peores decepciones.

En cambio, el cuento es artificial: se basa en la lógica de la excepción ("todos los días hacía tal o cual, pero aquella mañana..."); algunos cuentos hacen creer que esas pequeñas excepciones tienen un sentido tan fuerte que ya Julio Cortázar popularizó la expresión de *knock out* para referirse a ese efecto que buscaba en sus cuentos. El cuento crea lo insólito. Entonces, aunque en el prólogo lo niegue, Óscar Benassini logra ese mecanismo de revelación característico de un cuento; y lo logra mediante la excepción ineludible, la insania. Ante ella, todo es inasible, incomunicable. Y al mismo tiempo, insoportablemente humano. El escritor advierte también que "en la narración no existe un final", pero de inmediato aclara: "no existe un final más allá de la desolación". Pero el cuento se define no por concluir, sino por revelar. Y esa desolación es lo que se revela en cada cuento de este libro.

Es indudable que, gracias a la psicología y la psiquiatría, sabemos más sobre la locura que en el pasado: la esquizofrenia, el trastorno bipolar o la depresión resultan términos relativamente comunes en nuestro vocabulario cotidiano; sin embargo, no tenemos ni idea de cómo reaccionar ante el insano; mucho menos qué hacer ante la posibilidad de nuestra propia locura. Lejos de dar respuestas, Benassini abre nuevas incógnitas sobre la naturaleza del trastorno mental que comienza casi sin darse cuenta, con un pensamiento constante, irrefrenable. Como el descubrimiento de la maternidad fallida, por estar destinada a un hijo cercado por la discapacidad, la imposibilidad de comunicación. Estoy hablando del cuento titulado "Único", en el que el personaje infantil padece síndrome de Down; pero no es él en quien veremos el proceso de la insania que tan bien parece conocer el autor,

sino en la madre. ¿Escuchamos un poco sus terribles confesiones?

Añorar la estupidez de un crío tarado ni más ni menos, cuando enfrentaba el contacto diario, terrible por constante hasta aplastarla en su resultar inevitable, ¡con la criatura aquella que por más que le dijeran que era su hijo...! Nadie iba a poder entender jamás cómo topa el anhelo de criar con un engendro que no ofrece absolutamente nada. Eres madre para saberte buena, cuidas a los hijos en su necesidad hasta saberte amorosa, justificando tu existencia a través de la tarea por excelencia, la que concede todas las cualidades deseables para devolverte ese conjunto perfecto de conceptos acerca de ti misma.

La convivencia con la enfermedad mental produce un tipo de contagio que tiene su propia lógica y proceso de expansión: no lo descubriremos en este libro, o en este cuento, pero al menos hallaremos una historia y una voz capaz de provocar en el lector empatía con las decisiones extremas del personaje de la madre, y contemplar azorados ese no-lugar, por inaccesible, en donde habla el chico:

Ha pasado mucho tiempo, eso puede saberse aquí porque la luz se va volviendo tenue ya. Y hoy parece haber sido el día en que la mamá se comportara del modo más raro desde que se tienen registros. Ha vuelto a los ruiditos esos, seguidos de espasmos cortos, mientras la humedad fluye por todas partes de arriba hacia abajo hasta dejarla mojada. Ha pasado un tiempo así, y ahora se acerca a donde fueron quedando esparcidos los restos de la sustancia, meticulosa los va recuperando con la que le dicen cuchara, y cuando ha logrado reunir cierta cantidad se ha ido a la esquina del espacio, se ha

recargado contra la superficie de los muros y ha comenzado a ingresar la comida en ella. Con cada porción que ingresa porque la traga a pesar de que la pasta también busca salirse con espasmos de todo su tronco, parece irnos abandonando despacito, de manera cada vez más clara. Raro, por esta vez no buscó el contacto en el que siempre se empeña.

A veces, viene a enredarse con nuestros delirios colectivos: el fuego del infierno, una divinidad que condena el deseo que ella misma puso en sus criaturas. Es el caso de *"Misereatur"*, el primer texto del libro; las fantasías de la no tan angelical Angelita son el motor hacia la pendiente de la locura:

Ya se iba acostumbrando Angelita a que las tentaciones fueran subiendo de tono cada vez que buscaba conjurarlas, a veces por días, a veces por semanas, con su *"Misereatur"* que poco a poco iba dejando de escuchar el Jesús clavado en su cruz que ocupaba el altar de la parroquia. Así que, aunque iba llevando en la mente cada punto de la florecita que le bordaba al trapo para las tortillas, concentradísima, igual que otras veces le apareció en la imaginación una escena que no había tenido antes: volteaba con rumbo a su vientre, sus piernas y pies para ver clarita la cabeza casi calva del sacerdote al que pensaba recorriéndole con los labios la piel del vientre, debajo del ombligo, luego hacia las ingles y por dentro de los muslos, suavcito para que por momentos imaginara también la lengua húmeda haciéndole lo mismo. Dedos y uñas le faltaban para lastimarse la piel de los antebrazos y las lonjas.

Y es que Benassini reconoce la profunda relación entre la insania y el erotismo, ya perfilada desde

las indagaciones de Freud. El asunto se sublima a una ansiedad religiosa que no puede sino alcanzar al sacerdote. A la chica fea que busca desesperadamente la realización de sus sueños de amar y ser amada, aunque éstos impliquen una solución mágica que la lleva ante la bruja del barrio. La imagen es genial, aterradora:

Así es una bruja.

Esa gorda prieta con el cutis reluciente de crema *cold cream*, los labios pintados de rojo sangre y la melena renegrida de tinte, medio acomodada para hacerle marco al rostro cachetón de nariz chata. Así son las brujas y ya.

Y de ahí, a experimentar con la romántica estramomia y el venenoso Ferox, sustancias que reconocemos como nuestro tradicional toloache, cuyos efectos son los que se esperan en el embrujado, pero llegan al extremo de la adicción al enamoramiento de la embrujadora. (Hay que leerlo porque) el tono de este cuento va de lo cómico a grotesco, porque nos grita a la cara que los filtros de amor escasean “de tantos amores como hacen falta y de tan poquito que las personas les quieren poner de sí”.

También esta relación entre la locura y el erotismo alcanza a uno de esos individuos que pretenden curar a los insanos dejándose arrastrar por la fascinación de la relación médico-paciente. En el cuento “Bellísima insania”, entonces, tenemos a los personajes de Valeria, nínfula de quien es imposible no enamorarse, combinación de vulnerabilidad, sensualidad y manipulación, y el de Quiroga, psiquiatra fatalmente predestinado a la perdición. El sanatorio psiquiátrico parece el pozo profundo en que, como en la cárcel, doctores y pacientes están igualmente alienados de una sociedad incapacitada para distinguir los matices entre la víctima y el victimario, el loco y el cuerdo. En ese espacio de reclusión, intuye Benassini, el más fuerte se encuentra al filo, en riesgo constante

de caer al vacío. En cambio, el débil, en un sitio diseñado para pensarlos como víctimas, puede lograr el control de ese mundo a escala que es el hospital psiquiátrico. La inusitada prosa del autor hace deslizar en un reducido espacio, las contradicciones del protagonista:

Una cosa tenía que serte siempre clara: la niña no debía erotizarte, no era un asunto de deseo porque el cuidado amoroso que te iba haciendo vivir sencillamente no lo permitía. Lo pensaste paterno-filial un par de días tal vez, para descartarlo tan pronto como tu condición de exaltación te permitió cancelar esa vía. Valeria era una mujer, o cuando menos iba a serlo pronto, tan rápido como fueras consiguiendo esa sanación a la que tu labor diaria iba dando paso.

Esa pulsión erótica logra uno de los recursos mejor logrados en lo que respecta al narrador y la perspectiva. En el cuento “Nosotros” tenemos a un personaje doble: la psiquiatra de un hospital que debe atender a un paciente con delirios artísticos, y un pintor que ha recibido la invitación de un museo para trasladarse a sus instalaciones y producir seis cuadros. La doctora redacta los resúmenes clínicos o notas de evolución diaria del paciente al que debe atender: un enfermo psiquiátrico que ha construido una realidad alterna en la que es un pintor y la institución un museo que le ha ofrecido una estancia que favorezca la creación de un proyecto estético. El pintor, a su vez, redacta una bitácora de noches de desvelo en la que refiere el proceso de sus cuadros y la relación que establece con su modelo, una enferma mental que cree ser una doctora al cuidado de él mismo. ¿Cuál de los dos narradores cuenta la verdad? Evidentemente, el lector tiende a creer en la doctora; ¿cómo creer en un artista que, además, se parece a Van Gogh, según su descripción? Sin embargo, ambos personajes

terminan por ceder a la erotización, tan frecuente, producida tanto entre doctor y paciente como entre pintor y modelo. En este punto, la doctora pierde credibilidad, en tanto que el pintor, más experimentado en el funcionamiento de las emociones humanas, gana por ser más certero en el análisis de la subjetividad de la pasión compartida. Dejo a los posibles lectores la labor de averiguar, a partir de su lectura, quién tiene razón. Por lo pronto, quiero mostrar la narración de ambos sobre un mismo asunto:

De nuevo intenté aprovechar el tiempo durante el cual le servía como modelo para ahondar en su historia, a pesar de lo difícil que me resultó en un principio, porque me pidió, con esa naturalidad absoluta que debe caracterizar una petición así por parte de un artista, que me desnudara completamente. Pesaba en mi ánimo cada vez menos el adoptar tal desnudez como si fuera una estrategia para hacerle sentir confianza, y cada vez más la fuerza de sus miradas, la contundencia de sus gestos y la firmeza con la que iba dando pinceladas sobre la tela.

El doctor es, sin duda, un personaje fundamental en nuestras modernas relaciones con el trastorno mental, el deterioro inducido por el abuso de sustancias. El médico que funge además de protector, confesor y consejero: “Sabino Fitzgerald,

La atracción sexual no explicaría nada por sí sola, y desde el instante en que le pedí que se desnudara, debido tal vez al pudor natural con el que me sorprendió, a su dificultad para quitarse la ropa y las múltiples variedades de expresión facial que le provocaba mostrarse desnuda, me sentí francamente conmovido. Era como si me preocupara de pronto su mal psíquico, y al estar pintando a una mujer que vive en la insania, la padeceríamos juntos.

el rey mestizo”, es el cuento en que la relación es descrita en términos más cordiales, en la que este rey mestizo arroja un cuestionamiento que planteo (porque es un sano ejercicio de expresión verbal adecuado a este momento) a ustedes y al autor, a ver él que contesta:

¡Y es que no mames, no mames, no mames! ¡Cómo escribir, pinche médico, cómo sales con esa chingadera a estas alturas! Y no es que te vaya a recetar el “de eso qué sabes tú”, previsible en cualquier alimaña pseudoculturera de mi condición, y me refiere a mi condición de escribir, no a la de drogarme y vivir de ¿psicótico le dicen ustedes?, a falta de un dónde más esconderme. ¿Sabes qué se aprende escribiendo? ¡Que a quién chingados le importa! ¡A los pinches mamonsetes que conforman la subraza intelectual? ¿A los administradores de la cultura?, ¿a los mecenas pendejísimos que te brindan el trago y la pinche cenitculera en su fresísima casa del Pedregal y con eso creen que ya hicieron arte?

Este libro contiene esa serie de cuestionamientos (aclaro que no todos emplean ese florido lenguaje, para tranquilidad o decepción de los lectores); por eso puede aplicarse a estos relatos el criterio cortazariano de cuentos con *knock out*. Advierto que el lector desprevenido puede acabar en la lona después de las ocho noqueadas; pero también el cuento es una estancia breve en donde coinciden las conciencias del autor y el lector: el diálogo puede resultar tan revelador y el lugar de encuentro tan acogedor que el lector siente la invitación a volver cuando quiera. Estos testimonios, tal vez ficticios pero con sabor a verdaderos, nos proporcionan una visión irónica, triste, paradójica y fresca de ese tema universal que es la locura (con referentes en Cervantes, Rulfo), y nos permite asomarnos a ella como temor constante, exorcizado gracias a la lucidez de la prosa de Óscar Benassini, a quien agradezco la oportunidad de leer y comentar ante ustedes.